

Carlos Fajardo Fajardo*

La poesía: en la línea de resistencia

I

Anticipación y fundación

eseo ante todo saludar a los amigos que aquí se congregan a pensar sobre algunos problemas de la creación poética. No es fácil hablar de ello. Si existe algo todavía lleno de misterio y encantamiento, aún no del todo secularizado, es el acto poético. Sin embargo, ello no imposibilita que tengamos un contacto, tanto emocional como reflexivo, con su universo lleno de símbolos y sentidos.

Creo que no existen fórmulas absolutas, ni públicas ni secretas, para construir ese ser maravilloso y vivo que es un poema. Tal vez no existan inmóviles paradigmas para levantar su heterogénea arquitectura. Pero sí es posible conocer algunas fundamentales piedras para que su edificio múltiple y único no se derrumbe tan sólo al leerlo, y son de algunas de estas piedras angulares que deseo hablar con ustedes.

Más que un inventario y una representación, que un medio de comunicación, la poesía es fundación de realidad y anticipación de la misma. Se anticipa a estas constelaciones fácticas que llamamos "realidad", poniendo ante nuestros sentidos lo que de ésta escapa, lo que jamás la realidad, con toda su riqueza, nos dará. De esta forma, en una complejidad mayor, el acto creador es descubrimiento, asombro, sorpresa ante aque-

* Poeta y ensayista colombiano. Egresado de la maestría del Departamento de Literatura de la Universidad Javeriana, en Bogotá.

llo que está allí viviendo cotidianamente, pero que nuestros ojos, ciegos en su rumor, no habían vislumbrado en medio de tanta fugacidad.

En la veloz marcha de la vida, la poesía se constituye en exploradora de lo desconocido—conocido; su aventura está en lograr expresar lo inexpresable, descifrar lo indecifrabable, construyendo ante todo el encantamiento. No debe existir, entonces, temor en el poeta al introducirse en los mecanismos ocultos y conocidos de su época. La poesía es la antorcha que acompaña a su creador en el descubrimiento esencial, y entre laberintos y abismos le ayuda a escoger el sitio para su fundación verbal. Vidente, decía Rimbaud. Un vidente sin recetas, sin fórmulas, sin etiquetas, sólo con una tradición, una historia, de donde reciclar lo mejor para proyectar su mirada en el tiempo.

Es esta exploración, desde y por el asombro, es esta indagación la que transforma la poesía, más que en arte decorativo y de confort, en “el peligro de los peligros”. Tal vez su existencia y su resistencia en sociedades del *marketing* y del consumo, como las que actualmente padecemos, resulten algo extravagante e “inútil” para un público comprador, quien le exige ser constructora pragmática para sanar el cáncer de la época. Su ideal no es curar mesiánicamente corazones enfermos, ni hacer acciones de caridad. Pero, en lo profundo, ayuda a vivir, se constituye en gran compañía para la vida; contribuye a despertar la interrogación, la sensibilidad y la emocionante comunión entre los hombres. Cómo la han alejado de nuestro proceso educativo, siendo la portadora de la verdadera alegría del conocimiento, la exploración de los misterios. Difícil aceptarla entre las aulas, pues es “la sal en la taza de café”, “un soplo de fuego en el oído”.

Certifiquemos a la poesía por hacernos posible crear otro orden de lo real cuyos efectos sensibles dejan hondas huellas en nuestros afectos. Hemos dicho *un orden de lo real* más allá de la simple y llana dimensión de lo que llamamos “realidad”, y esto sólo es posible y alcanzable gracias al lenguaje, a un lenguaje que unido a la experiencia vital, a la imaginación, a la emoción, al deseo, a la reflexión, comienza a generar uno de los más altos acontecimientos en la existencia humana: la fundación de un Ser a través de la palabra, donde las cosas brillan como por primera vez.

Más que un instrumento *utensiliar*, la palabra en la poesía es una protagonista del drama al instaurar realidad, al crear presencias; y es maravilloso ver cómo crea presencias de cosas ausentes, deseadas; cómo sonoriza nuestros silencios, nos vuelve memoria, se tiende sobre nuestros vacíos. De este modo acontece como mostración más que demostración, apalabramiento de algo que hasta hace poco no se dejaba admirar.

Instrumentalizar el lenguaje, con la lógica de la razón *utensiliar*, no hace parte de la gracia de la poesía. Su maravilla está en generar otras miradas, otros olores y sabo-

res, mil formas de observar las dichas y desdichas del calidoscopio que somos, de reconocernos en la palabra como ante un fragmentado espejo donde posamos nuestro rostro y dialogamos con ese ser tan lleno de nosotros.

Conocimiento, fundación, afirmación de ciertas dudas que pagamos por estar vivos, son algunas de las odiseas a que nos lanza su lenguaje, demoliendo esos diques que impiden ver con maravillados ojos la gran multiplicidad de los ritos y venires de nuestro tiempo. La palabra en la poesía es conciencia del estar y habitar el mundo. Es por ello que su trabajo merece profunda vocación y rigor. No admito el facilismo en el trabajo escritural. Escribir como quien muere, dijo algún poeta. *Escribir para no morir*, se registra en alguno de mis versos. Escritura y vocación, profunda obsesión surgida, según Rilke, de la humana necesidad de nombrarse, de justificar una vida. De manera que escribir no es sólo un simple oficio, es construir una forma de ser, de justificar la existencia sobre la tierra. "La poesía es palabra en el tiempo", nos dejó dicho don Antonio Machado. Las circunstancias de una escritura rigurosa, cuidadosa, amorosa de ella misma, llevarán siempre a que algunas de nuestras justificaciones, manifiestas en poemas, perduren en unos cuantos corazones.

II

Pensar la poesía como también vivirla

Claro está que esto reclama estudio y fascinación. La tan mencionada sensibilidad del poeta no realiza por sí sola poesía. Se hace necesario establecer un alto contacto con la tradición poética, con sus grandes conquistas; no sólo sufrírnos y gozarnos, sino pensarnos pensando en las poéticas de nuestros hermanos creadores. De allí que sea válido un proceso, un proyecto de reflexión y asimilación. Ir y degustar sus exquisitos manjares, desechar los indigestos para así afrentar la insaciable hambre que la poesía nos deja. Asimilar, digerir, reciclar otras voces hasta que una de esas criaturas, tantas veces escritas, tenga nuestra voz, hable desde el fondo de nosotros, hable por nosotros, nos invente, se escuche con ese tono propio y comunitario que nos da un nombre.

Tampoco es viable temerle a la teoría crítica poética. En nuestro medio es difícil encontrar poetas que escriban una gran poesía a la vez que generen provocaciones críticas desde y sobre su alta pasión. Creación y teoría crítica no están consideradas por el poeta verdadero como dos corpus enemigos. He dicho *en el gran poeta*, pues éste es ante todo un provocador que se mueve en la resistencia, generando una crítica desde

su interioridad creadora e incorporada al reino poético como un astro, siendo reino y astro a la vez. Por ello, celebro complacido que algunos tengamos como obsesión el unir reflexión y creación para garantizar mayor calidad en las obras. Desde el inicio de esta gran caminata amistosa, que todavía perdura, nos movió la inquietante y diaria sensación de pensar la poesía como también de vivirla, lo que ha demandado un gran esfuerzo teórico que no obstaculiza nunca la alegría y el abrazo por la emoción estética; antes amplía y enriquece su percepción, pule con su incondicional buril las burdas aristas que cargamos con los años.

Es una larga línea la que todavía nos aguarda. Hemos agotado algunos pasos. Al inicio de nuestra marcha, demasiado jóvenes, creíamos haber ganado el mundo y quisimos dejar nuestras huellas en la memoria de los hombres. Sentíamos que la vida no concede treguas ni franquicias. Y ahora, todavía acelerados, naufragando en un país que no da seguridad a nuestras vidas, en un país cuyo futuro es imprevisible, vivimos con el temor de no poder concluir nuestras obsesiones. Nos levantamos diciendo “pueda ser que hoy no vuelva a casa”. Igual a un ambiente de guerra, el presente es el azar, el miedo, el enemigo íntimo. El consejo de Rilke a un joven poeta, “paciencia es todo”, en nuestros estrados históricos suena pueril, inútil. Sin embargo, a pesar de la incontrollable matanza a nuestra cultura, es digno rescatar la serenidad al elaborar nuestras obras, una *serenidad sitiada*, es cierto, que se concentre sobre su misión de producir calidez y calidad poética, apresurándose despacio —algo que algunos de nuestros contemporáneos han olvidado—.

III

La sociedad multimediática: nuevo sensorium, nuevos retos

Frente al consumo, la propaganda ligera y la carrera desproporcionada por competir en el mercado, la poesía exige lectores y no público, interrogaciones y no utilidades, intimidad más que masa. De allí su ambigua relación con los medios. Éstos aparecen como una tentación para la publicidad del poeta, seduciendo su imagen, arrastrándolo a la vaguedad y a los simulacros que instaura la cultura *light*. Y a medida que el poeta es devorado por la ridícula y atroz idea de la fama, pierde su intensidad, su pasión exploratoria, su fuerza mística, profética, la metafísica material de la cual se alimenta. ¿Le interesará a este tipo de poeta escribir la poesía como quien muere?, ¿o le será muy seductor escribir para el gusto maltrecho, mediocre, que nos dan los medios, y arrojar

más desechos, libros mediocres, a la basuralización de la cultura? Traspasados como estamos por redes informáticas, automatizaciones, realidades virtuales, *microchips* y microprocesadores, no podemos tampoco paralizarnos ante las super-autopistas cibernéticas del actual momento. La fragmentación de los tradicionales sistemas simbólicos que permitían una cierta unidad conciliadora con las realidades cotidianas; las aceleradas escisiones entre historia y naturaleza, mundo encantado y tecnología; la prominente crisis no sólo lingüística sino sociopolítica de los grandes relatos unitarios, tales como emancipación, libertad, igualdad, fraternidad, utopía, futuro; el avance demoledor del flujo de ciudades sin control, masificadas, dispersas, con sus tribus urbanas anónimas: todo esto impone nuevos retos a la poesía en su capacidad de sobrevivencia.

Una nueva y avasalladora sensibilidad se ha gestado, un nuevo *sensorium* en que el individualismo —narcisista y hedonista— del capital va en detrimento de lo social, lo colectivo y lo solidario. La lógica del espectáculo y de lo inmediato que impacta, fascina, tensiona y excita, va ganándoles terreno a las modernas ideas de pasión, trabajo, vocación y disciplina. Las concepciones teleológicas románticas de trascendencia, sublimidad, originalidad, inmortalidad, son devoradas por la de “vivir el momento”, lo que quiere decir, en la voraz carrera de estar a la moda, vivir lo inmediato sin definirlo, ni mucho menos pensarlo.

La quiebra de los proyectos modernos nos ha dejado en la soledad, sobre un gran campo lleno de mercancías seductoras. No interesan los contenidos, sino su capacidad de éxtasis, la espectacularidad. El cuerpo se ha vuelto un gran negocio para gestores de cirugías plásticas, gimnasios y dietéticos. El cuerpo juvenil en su “aquí y ahora” dudable, provocable, lleno de gracia, es el principal negocio para los agentes capitalistas; es un paradigma por imitar, un trauma para el que ya no lo tiene. Nos molesta la vejez, le tememos, pero ya no por su sentido metafísico, sino por la decrepitud corporal a que nos arrastra. Los macroproyectos colectivos, económicos, políticos, culturales, dejan en la indiferencia a la gran mayoría y sólo resultan interesantes aquéllos que resuelven problemas inmediatos, que satisfacen deseos individuales. Se pretende desaparecer esa pulsión peligrosa e íntima del artista, de querer dejar registro de su existencia, asignándole la tarea de ilustrador y decorador de la vida.

Consumo y ausencia de crítica, asesinatos y marginación, soledad y simulacros tecnomediáticos, desechos y desastres ecológicos, *video-clips* y *zapping*, estéticas de imágenes audiovisuales, globalización y regionalismos están a la orden del día. Entre todos estos escenarios, el poeta actual se mueve con sus antenas, como un barómetro, cap-

tando las presiones de su época. Las consecuencias que un mundo globalizado e híbrido deja en las nuevas sensibilidades sociales deben ser una de sus preocupaciones y quizá las del poeta del siglo XXI. Con despierta mirada, la poesía debe caminar por estos nuevos mensajes, redefiniendo y resemantizando sus sentidos con la crítica estética proveniente de la modernidad, para así extraer de esos perfumes desencantados otros aromas, otras esencias auráticas, demostrando que, pese a la aguda fragmentación de lo real, aún es posible encontrar en ello el ritual, la epifanía, el secreto, la magia. Su capacidad analítica se debe fortalecer; el riesgo, la aventura, se hacen necesarios para descubrir de nuevo la sensación de sorpresa, de milagro, en esta secularización instrumental.

No está de más advertir sobre las propuestas que hace algunos años Italo Calvino hizo a la literatura del próximo milenio. Siento que están en sintonía con las nuevas sensibilidades dramáticas que nos esperan. En una época de redes informáticas y *software*, en que actúan desde ya dispositivos virtuales y telemáticos, super-autopistas digitales del ciberespacio y hologramas, la poesía irá adquiriendo cierta distancia con respecto a la inmutable monumentalidad estética y se concebirá a sí misma como leve, ágil, reaccionando a la gravitación de la existencia. Junto a la velocidad de los flujos mediáticos (fax, internet, correo electrónico, etc.) donde el tiempo y el espacio se transforman, pues generan las ideas de lo inmediato (de un futuro presente) y de lo compacto (del sentir la presencia a distancia y la desaparición de fronteras), la poesía irá elaborando también otro concepto cronotópico, hasta madurar las ideas de velocidad, brevedad, precisión y concreción del lenguaje, surgidas después de un esfuerzo supremo, de intensidad y constancia, sin que se noten estos combates. Ante la vaguedad de imágenes de los *media*, frente a su “fantasmagoría de juegos de espejos” (Calvino), imágenes banales con lugares comunes inconsistentes, carentes de necesidad interna, la palabra poética se impondrá como una exploradora de lo preciso, exigiendo a cada imagen una exactitud novedosa y, si se quiere, audaz, tallada con fuerza y delicadeza, lo que dará resultados en una obra viva, rica en matices y sentidos. Las hibridaciones de mentalidades e imaginarios culturales han generado la liquidación —sin ningún sentimiento de culpa ni delito— de los géneros literarios unitarios, tradicionales y legitimadores, lo que se manifiesta en obras multimediáticas, las cuales difuminan la autoridad de los centros y la polaridad de los saberes, siendo capaces de circular por las escaleras que comunican diversos pisos, de rediseñar planos, interconectándolos en sus numerosos niveles. Multipolaridad, pluralidad, desterritorialización, van construyendo géneros híbridos en el resultado de sus proyectos.

La poesía como develamiento y a la vez ensañación nos ha acompañado siempre y nos acompañará en este final del siglo cruel. Pasaremos al próximo milenio amando sus profundas ganas de comprender lo que fuimos y lo que somos, y seguiremos, como poetas, siendo hurtadores del alba y de la noche, de la serenidad y la tormenta, de-
jando incertidumbres en el alma de todo forastero, fabricando refugios encantados para no morir en la memoria de algunos que nos sueñan.